

Cocodrilas

Ariagor Almanza

Desde pequeña, Sofía vivía con sus abuelos. Jamás le quedó tan clara la razón. Su mamá solía verla cada verano. En su próxima visita, vendría con Lucy, su nueva hermana. Solo la había conocido a través de fotografías y videos donde balbuceaba gurgús encantadores.

En la víspera de su llegada, Sofía rogó a sus abuelos que convencieran a su mamá de viajar a Tampico. Natalia, su madre, accedió a pesar de que no sentía el ánimo de realizar un paseo con una bebé de brazos. Al fin una pequeña victoria. Durante cada visita, Sofía insistía: ¿cuándo me voy a ir contigo, mami? A veces Natalia permanecía callada, mirando hacia otro lado, como si se quedara temporalmente sorda. Usualmente, terminaba elaborando una lista de razones por las que no podía hacerse cargo de ella. Sofía lloraba, se encerraba en su cuarto, pateaba las puertas o aventaba sus muñecas, pero Natalia no cedía. Los años lejos de su hija le habían enseñado a endurecer su piel. Con el nacimiento de Lucy, Sofía pensó que se abriría una grieta: su mamá ocuparía ayuda para cuidar de la bebé y quizá podría irse a vivir con ella al terminar la primaria.

Su madre y su hermana arribaron un viernes al amanecer. Sofía casi no pudo dormir de la emoción. Se alistó desde la madrugada para recibir a su mamá en la central camionera. En cuanto la miró corrió a abrazarla. Su mamá tuvo que frenar sus amorosos ímpetus porque cargaba a Lucy dormida, envuelta en una cobija como un tamalito de dulce. Las delicadas manos de Sofía no cesaban de tocarla, buscaba asegurarse de que su mamá realmente estaba ahí. Apenas les dio tiempo de instalarse en el departamento y desayunar unos panqueques de avena con crema de cacao (el platillo favorito de Sofía), pues era el último día de clases y deseaba que su mamá la

acompañara a la escuela. Cuando ingresó al patio buscó a sus amigas para que vieran que sí existía. Al menos un día del año podía sentirse igual a ellas, quitarse esa mancha indeleble del abandono.

A la mañana siguiente tomaron carretera hacia el puerto. Más de la mitad del viaje Sofía permaneció dormida en un pequeño resquicio, sobre la falda de su mamá. El pañal de Lucy rozaba su rostro. Cuando despertó, jugaron a ver quién encontraba más animales en la carretera. Su abuelo ganó: encontró un correcaminos y una parvada de zopilotes volando en círculos. Luego le mostró a su mamá un juego de manos que le enseñaron sus amigas: “María de la paz, paz, paz, se fue para atrás, tras, tras...”. Mientras ensayaban en cámara lenta, Sofía hizo la pregunta, como cada verano.

—Mami, cuando entre a la secundaria, ¿ya me voy a poder ir contigo?

—No lo sé Sofía, déjame ver.

Horas más tarde llegaron a Tampico y se detuvieron en el parque preferido de Sofía. Su abuelo Felipe narró su historia acostumbrada. La repetía cada vez que su nieta se acercaba a la reja que bloqueaba el acceso al lago. Una niña, cuyo nombre jamás logró recordar, metió el brazo por uno de los huecos de la valla. No se dio cuenta de que un lagarto del tamaño de una lancha se había acercado sin hacer ruido. De repente, la zarandeó contra la reja hasta que le arrancó el brazo y lo devoró a la vista de todos. La madre llegó corriendo para abrazar a la niña. Sus gritos se escuchaban hasta el bulevar. Se quitó el suéter para ponerle un torniquete provisional. El padre imploraba a la gente que llamara a una ambulancia. La nota apareció en la prensa local. Conmovió tanto a la ciudad que se hizo una gran colecta para comprarle una prótesis fabricada en Houston.

Sofía había dejado de temer a los cocodrilos, pues nunca había presenciado que destrozaran extremidades de los visitantes. Cada vez que hablaban de cosas aburridas como el trabajo, las deudas o la política pasaba su mano un poco más allá de los límites permitidos, como invocando al legendario cocodrilo come-brazos. Aquella tarde fantaseó usar como carnada a su apetecible hermana con cachetes de malvavisco, sosteniéndola de las axilas, para que el cocodrilo oliera sus pies gordos y colorados.

Sofía buscó lagartos escondiéndose en el mangle, asomando su cabeza sobre las aguas verdes, dormitando en el lodo, haciéndose pasar por troncos que flotan, jugando a las estatuas de marfil al otro lado del lago. Sus cabellos avellanados revoloteaban como papalotes al ritmo del viento. Minutos después, un poco decepcionada por no encontrar cocodrilos, regresó con su mamá y sus abuelos, quienes habían tendido una manta sobre el pasto.

Sofía gateó para acurrucarse entre los brazos de mamá. La bebé agitaba una sonaja de tortuga. Su mamá se retiró antes de que Sofía lograra alcanzarla, pues Lucy estaba a punto de llevarse hojas secas a la boca. Hacía gala de ese misterioso

don de entrometerse en los instantes donde Sofía anhelaba sentir la piel de su mamá, su calor, sus labios. Natalia recordó que era momento de que la bebé comiera. Buscó la pañalera para preparar su biberón y ordenó a Sofía que cuidara a su hermana. Se puso a jugar con ella a las cocodrilas. Hizo su cara reptiliana, caminó en cuatro patas y se abalanzó contra Lucy. Con un tope de cabeza la empujó suavemente hacia el suelo y le dio leves mordidas en las piernas, las muñecas, los brazos. Lucy sonreía al sentir cosquillas. Hasta que el instinto traicionó a Sofía y le mordió uno de sus cachetes de malvavisco. Tras escuchar el llanto taladrante de la bebé y descubrir la marca de los dientes en su rostro, su mamá la reprendió.

—Ya ni la amuelas! ¡Pórtate bien, carajo!

Sofía comenzó a llorar y corrió hacia una banca para estar sola. Mientras Natalia y la abuela consolaban a su hermana, Felipe se levantó para seguir a Sofía. Se acomodó a su lado, pegando sus piernas con las de su nieta. La movió ligeramente con el brazo para que se recostara en su hombro y le dio un beso. Escuchó su llanto de cocodrila adolorida y sintió pacientemente los temblores de su cuerpo hasta que se detuvieron. A lo lejos, observaron que la gente comenzó a reunirse cerca de la orilla del lago. Ya más tranquila, Sofía pidió a su abuelo que se unieran a la multitud.

Se colaron entre la gente, hasta alcanzar un sitio con una vista inmejorable. Se trataba del primer encuentro de una mamá cocodrila con sus bebés, tras haber salido de los huevos enterrados bajo la arena. Observaron cómo la madre abría sus fauces para que sus crías marcharan hacia su lengua. Les aguardaba una travesía por las profundidades del lago, cobijadas por el aliento tibio de peces muertos. Se escucharon lamentos y suspiros profundos de varios espectadores cuando se sumergió en las aguas, pues creían que devoraría a sus hijos indefensos. Los cocodrilos se habían hecho de muy mala fama: come-brazos, hipócritas, seres fríos sin corazón.

Felipe aseguró a su nieta que las crías estarían bien. Sofía le creyó, a pesar de que durante años le había contado aquella historia de la niña que perdió el brazo. Tomados de la mano, caminaron de regreso. Parecía que las cosas habían vuelto a la normalidad. Natalia hacía trompetillas con la panza de la bebé, quien otra vez reía a carcajadas. Aunque todavía no aprendía a caminar, era tan fácil para su hermana encontrar a su mamá. Sofía no pudo recuperar alguna instantánea de su memoria donde Natalia luciera tan divertida jugando con ella. Se acercó cuidadosamente, como pidiendo permiso. Su mamá la miró a los ojos, le preguntó si ya se iba a portar bien. Solo asintió, aún mordida por la vergüenza.

Tras el breve desencuentro, las hermanas volvieron al juego. Sofía se dio cuenta que podía cargar a Lucy sin tambalearse, sin que los adultos temieran que la fuera a tirar. Era más fuerte de lo que aparentaban sus brazos huesudos. Mientras su mamá fue a comprar una botana, se llevó a Lucy de paseo al lago. Le contó que había bebés cocodrilas viajando adentro de su mamá cocodrila. La bebé escuchaba atentamente,

como si comprendiera qué eran las cocodrilas. Luego se dirigieron a los juegos y se meció con ella en el columpio. Lucy pronunció unos balbuceos y Sofía pensó que le estaba contando algo, aunque tampoco podía entenderla. Más tarde pidió el celular a su abuelo para poner música y bailar con su hermana. Acabó zangoloteando a Lucy como muñeca de trapo, pero no paraba de reír.

Natalia volvió con un pedazo de chicharrón. Sofía dejó a su hermana al cuidado de su abuelo Felipe y corrió para reunirse con su mamá. Le gustaba escuchar el sonido del chicharrón cuando tronaba entre sus colmillos. Hasta apretaba más fuerte los dientes al morder un pedazo. Mientras comían y se chupaban los dedos cubiertos de salsa picante, Sofía repitió la pregunta.

—¿Cuándo me voy a poder ir contigo mami?

—No lo sé Sofía. Tengo que trabajar, cuidar de Lucy, no tengo quien...

—¡Siempre dices lo mismo!

—Cálmate Sofía, es que tienes que entender...

—¡Es que tú no me quieres!

—No es eso Sofía...

—¡Tú no me quieres! ¡A ella sí! A ella no la dejaste...

La niña se levantó del pasto y corrió llorando de rabia hacia el lago. Su mamá estaba desconcertada, Sofía nunca la había mirado así, jamás le había hablado así. Por primera vez sintió que se había hartado de esperarla. Su alma había estado quieta por años y finalmente había despertado. Enseñaba los dientes.

Sofía contempló el lago en busca de la mamá cocodrila. Cómo deseaba ser una de sus pequeñas crías, que la buscara en la orilla, que le permitiera entrar a sus tibias fauces. Sumergirse en el fondo del lago, explorar manglares insospechados, descubrir pantanos alucinantes. Desde aquel día ya no volvió a preguntar. Su piel se comenzó a endurecer. Algo empezó a morderla, salía de las sombras de la quietud para atacarla de repente. Pacientemente, la iría desgarrando con el paso de los años.

ARIAGOR MANUEL ALMANZA AVENDAÑO. Doctor en Psicología por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México. Adscrito a la Universidad Autónoma de Baja California (UABC), México. Ha publicado los cuentos “Dr. Cigüeña” (*Sputnik*, diciembre, 2022); “Jimena Ayala” (*Cinosargo*, marzo, 2023); y “Polvo de hada”, incluido en el libro *El tiempo te mastica sombra. Auto(donto)logía de poemas y prosas* (Editorial Cisnegro, 2023).

Correo electrónico: almanzaa@uabc.edu.mx

 <https://orcid.org/0000-0001-7240-6163>

Recibido: 12 de julio de 2023

Aprobado: 22 de agosto de 2024